



Tesoro de la Juventud

ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tesoro de la juventud

ALÍ BABÁ Y LOS CUARENTA LADRONES

Del libro de las narraciones interesantes

ALÍ BABA era un pobre hombre que vivía con su esposa en una ciudad de Persia y un día se internó en la selva con la idea de cortar leña. Vio, entonces, una banda de cuarenta ladrones, y se subió a un árbol para ocultarse. El árbol estaba cerca de una gran roca, y los ladrones llegaron hasta esta roca, gritando: ¡Ábrete, Sésamo!

Una puerta abierta, conducía a una caverna, a la cual entraron los ladrones dejando allí el oro y la plata que habían robado. Entonces salían y gritaban: ¡ciérrate, Sésamo!

Una vez que la caverna estaba cerrada, ellos se retiraban. Entonces Alí descendió de su escondite y gritó ábrete, Sésamo!

De nuevo la puerta se abrió, y él entró en la caverna quedándose maravillado de tantos tesoros, almacenados en sacos llenos de oro y plata; y pensando que todo aquello había sido robado, Alí Babá tomó todos los sacos pudo y los llevó para su casa. Ahora-le dijo a su esposa-yo seré tan rico como mi hermano Casín.

Y esta idea le ponía muy contento, pues su hermano era un hombre orgulloso y soberbio, que se había casado con una mujer muy rica.

«Debemos medir cuánto oro tenemos», dijo la esposa de Alí Babá con verdadero júbilo.

Para esto, ella se dirigió a la casa, de Casín para pedir una medida prestada. La mujer de Casín se puso curiosa por conocer qué clase de granos tenía su pobre cuñada. Y así fue que colocó en el fondo de la medida un poco de cera, y, cual no sería su asombro al ver, cuando le devolvieron la medida, que en el fondo de esta se había quedado pegado un pedazo de oro. Inmediatamente se lo dijo a Casín, y éste se dirigió hacia la casa de Alí Babá, preguntándole de dónde había sacado el oro. Alí Babá le contó con franqueza a su hermano, el tesoro que había oculto en la roca, indicándole como se abría y cerraba la caverna.

«Yo me llevaré de aquí todo este oro, antes de que Alí Babá tome otra parte de él», se dijo Casín.

Inmediatamente equipó diez mulas y se fue a la caverna, con la idea de cargarlas con todos los sacos que en ella había. Al llegar dijo: «¡Ábrete, Sésamo!» y penetró en la caverna, en donde se puso a bailar lleno de júbilo al ver los grandes tesoros allí acumulados. Pero su alegría lo perturbó tanto, que cuando quiso sacar los sacos, había olvidado las palabras necesarias para que la caverna se abriera. «¡Ábrete, cebada!» gritaba, «¡ábrete, trigo !»

Y he aquí que mientras trataba de recordar las palabras verdaderas, los cuarenta ladrones regresaron, penetraron en la caverna, y al verlo allí, lo mataron.

Al día siguiente, Alí Baba volvió a la caverna para tomar otro poco de oro y se encontró el cadáver de su hermano; lo recogió, se lo llevó de aquel lugar, y lo enterró decentemente. Entonces, siguiendo la costumbre persa, él se hizo cargo de su cuñada viuda, y se la llevó a vivir con ellos; y de ella salió una inteligente esclava que se llamó Morgiana.

Cuando los cuarenta ladrones se dieron cuenta que el cadáver de Casín había desaparecido de la caverna, todos estaban llenos de espanto.

«¡Aquí hay otro hombre que conoce nuestro secreto!» dijo el jefe de la banda, «pero yo sé cómo lo voy a encontrar».

Se disfrazó y se dirigió a la ciudad, investigando si un hombre que había sido matado con espada, había sido recientemente enterrado; y pudo saber que, en efecto, ese hombre había sido enterrado por Alí Babá.

«Ahora,-les dijo el capitán a sus hombres-yo me voy a encargar de que todos ustedes penetren en la casa de ese Alí Babá, sin hacer ruido; allí permanecerán escondidos y por la noche deben salir, matar a todo el que allí encontréis, y escapar sin que seáis vistos».

Entonces consiguió varios depósitos de esos de cuero, que en aquella época usaban los persas para almacenar su aceite, y colocó dentro de cada uno de estos un ladrón, y los tapó dejándoles un espacio para que pudiesen respirar. Entonces los cargó sobre mulas, y colocó entre ellos uno de esos cueros, verdaderamente lleno de aceite, con la idea de enseñarlo en caso que se le preguntase qué era lo que conducía, y por la noche atravesó la selva, dirigiéndose a la ciudad, deteniéndose frente a la casa de Alí Babá.

«Traigo este aceite desde un lugar muy distante,-le dijo a Alí Babá, es demasiado tarde para ir a una posada. ¿Me permitiría Ud. que pasara la noche aquí?»

Como Alí Babá era un hombre de buen corazón, accedió a los deseos del capitán de los cuarenta ladrones, y mandó criados para que le cuidasen los mulos y su carga. Morgiana recibió la orden de preparar la tina y cena para el huésped. Pero no tenía aceite para freír la carne y entonces se dirigió uno de los pellejos llenos, para tomar un poco. Cuando se aproximó a uno el ladrón que estaba dentro, creyendo que era su jefe, le preguntó en voz baja:

«¿Ha llegado el momento?» «Todavía no», respondió Morgiana.

Entonces ella recorrió todos los depósitos, y pudo notar que en cada uno había un ladrón, hasta que llegó al que de veras tenía aceite. Vació el aceite en una gran caldera, y la puso a hervir; entonces fue arrastrando los pellejos y echándolos en el caliente líquido escaldando a todos los ladrones hasta morir.

«Veamos que es lo que pasa ahora dijo Morgiana.

A media noche el capitán intentó sacar a sus ladrones; pero después haber echado una ojeada sobre los pellejos, observó que todos sus hombres estaban muertos, y rápidamente huyó de la casa.

Por la mañana, Morgiana contó Alí Babá todo lo que había sucedido. Alí Baba, en persona, enterró secretamente los cadáveres, a la noche siguiente.

«Pero recuerda-dijo Morgiana que todavía subsiste uno de ellos, el que se escapó, y por lo tanto debes estar siempre alerta, pues él no parará hasta que no nos haya matado a todos por conocer su secreto».

Morgiana tenía razón. El capitán de los cuarenta ladrones no tardó mucho en volver, esta vez disfrazado como un tendero, y nuevamente trató de entablar amistad con Alí Babá, buscando una oportunidad para matarlo. Un día, Alí Babá lo invitó a comer con él. Pero he aquí, que existe una rara ley entre los persas y entre todos los mahometanos, que ellos cumplen estrictamente. Ni aun el más malo de todos ellos, matará nunca a un hombre con el cual estén comiendo sal. Por ello, el capitán de los ladrones dijo a Alí Babá.

«Será para mi un verdadero gusto, almorzar con usted, amigo mío, pero debo confesarle que tengo un gusto muy curioso. No puedo soportar ni la más mínima cosa de sal en la mesa».

«¡Hombre, eso es fácil de evitar!» dijo Alí Babá. Y le indicó a Morgiana que no pusiera ninguna sal en la comida; esto hizo que Morgiana empezase a desconfiar.

«De manera que su nuevo amigo, es un hombre que no comerá sal con usted-dijo ella-¡yo debo vigilarlo entonces!»

Así lo hizo, y, debajo del disfraz, ella pudo descubrir al capitán de los ladrones. Y más todavía, ella vio una daga oculta entre sus ropas. Entonces le dijo a Alí Babá:

«Dígale a su extraño amigo que una de sus esclavas danzará para él, antes de la comida».

Cuando la comida estuvo dispuesta. Morgiana penetró en la habitación ataviada con hermoso y bello traje comenzando a bailar la danza de la daga. Ella giraba y daba vueltas y con movimientos llenos de gracia, sujetando en sus manos una daga, se acercó a Alí Babá fingiendo que iba a atacarlo. Después continuó su danza ligeramente hasta llegar al capitán de los cuarenta ladrones, pero esta vez, en lugar de ser una inofensiva broma, clavó la daga en el corazón del bandido.

«¡He aquí al villano!» dijo ella.

Y seguidamente mostró la daga que tenía oculta entre las ropas, el malvado ladrón. Alí Babá hizo que Morgiana fuese la esposa de su hijo mayor, y en recompensa a su lealtad, le dió una gran parte de los tesoros que había en la caverna de la selva.

W. M. JACKSON, Inc., Editores

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo